

Hermenéutica y realidad en el pensamiento de Jean Laplanche¹

Daniel Gil²

No voy a repetir aquí las expresiones de gratitud que le debemos al profesor Laplanche. Sólo quiero decir que si aquí hubo un retorno a Freud no fue bajo la consigna que en Francia lanzara Jacques Lacan, sino que retornamos a Freud siguiendo el surco abierto por Jean Laplanche. Y como no hay lectura pura, sino que el contexto forma parte del texto, el Freud que nosotros descubrimos es el que aprendimos a leer guiados primero por el “Vocabulario de psicoanálisis” y luego por “Vida y muerte en psicoanálisis”, las “Problemáticas”, hasta los “Nuevos fundamentos...”.

Planteado esto, nuestro objetivo será el de interrogar al profesor Laplanche en torno a dos temas candentes a los que él ha aludido y que se encuentran en el centro del debate psicoanalítico y filosófico en la actualidad, como son el de la hermenéutica y el de la realidad del inconsciente.

La máquina hermenéutica

El intento de relacionar el pensamiento de un autor con el de otros puede tener algo o mucho de extrapolación, más aun cuando la comparación se da entre representantes de distintas disciplinas. Pero también es cierto que todos los pensamientos se desarrollan en el marco de una atmósfera cultural que los determina y los relaciona.

Comenzaré por un tema capital para el pensamiento actual y para el psicoanálisis en particular, cual es el de la hermenéutica. Se que para algunos la introducción que intentaré para enmarcar el problema resultará, además de ociosa, brutalmente

¹ Ponencia presentada en las jornadas “Trabajar con Jean Laplanche en Montevideo”, organizadas por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en octubre de 1997. El texto actual presenta algunas pequeñas modificaciones respecto al leído en la jornada, motivadas unas por el intercambio con el profesor Laplanche y otras que me parecieron oportunas para aclarar mi pensamiento.

² Av. Luis P. Ponce 1433. C.P. 11600 Montevideo. Uruguay. Tel. 7080996. Fax. 5754304.
E-mail. dgil@uyvcb.com.uy

esquemática. Pero creo que para otros es necesaria para comprender el alcance de lo que quiero plantear.

En grandes líneas presentaré tres modelos hermenéuticos que son: la hermenéutica reconstructiva, la hermenéutica integrativa y la hermenéutica deconstructiva.

- La *hermenéutica reconstructiva* sostiene que en la búsqueda del pasado nos encontramos con que existe un sentido oculto, secreto, y que más allá del velo de las apariencias está lo esencial, lo genuino, lo verdadero, que hay que develar para encontrar el fondo seguro de la verdad, con lo cual podemos recuperar el pasado tal cual fue.

- La *hermenéutica integrativa* dice que el pasado no lo podemos reencontrar tal cual fue, pero sí integrarlo en una teleología que los uniría por la mediación del pensamiento. La hermenéutica de Gadamer, si bien es integrativa, no hace la integración por un recurso a una teleología, sino que lo que tiene en cuenta es el contexto histórico de producción del discurso y el del intérprete del mismo.

Ambas hermenéuticas son fácilmente reconocibles en la obra de Freud y de los analistas en general, tanto en la teoría como en la práctica. No otra cosa son las interpretaciones explicativas, las que recurren al simbolismo y las construcciones, ya sea que creamos recuperar el “hecho” tal cual fue; ya sea que lo integremos en una secuencia incompleta, con lo cual dicha secuencia adquiere sentido.

- Por último, la *hermenéutica deconstructiva* trabaja, no con las continuidades, sino con las rupturas, las cesuras, la falta de transparencia de toda tradición, de todo texto, de toda escritura. Existe una ausencia sin trascendencia, la *différance*, que hace que todo texto mantenga aspectos residuales, opacidades, significantes sin significado, que la tradición filosófica ha desatendido sistemáticamente. Por lo tanto, no se trata de una reconstrucción, ni de una integración, sino de una deconstrucción de la tradición hecha de huellas y textos que nunca serán plenamente inteligibles. Caen bajo el peso de esta hermenéutica todos los conceptos claves de la metafísica de Occidente, tales como la esencia y la apariencia, el adentro y el afuera, lo sensible y lo inteligible, la forma y el contenido, lo superficial y lo profundo, la razón, el sentido y la verdad. Todos ellos no son más que metáforas a las que Derrida les da el nombre de mitología blanca. Por lo tanto, ya la atención no se dirige al significado sino al significante, se atiende a los textos y sólo los textos, y se pone entre paréntesis el problema del referente y la relación con la realidad.

Esta hermenéutica la vinculo con lo planteado por Freud, y puesta en relieve por Lacan, del ombligo del sueño, punto irreductible donde el sueño llega a un límite irreductible, lugar de origen del deseo del sueño: “Aun en los sueños mejor interpretados –nos dice Freud– es preciso a menudo dejar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se deja desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo no conocido. Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestro mundo de pensamientos. Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio.”³

Una última precisión: en sentido estricto, la desconstrucción es un proyecto de crítica de la metafísica occidental. Creo que se hace un uso extensivo del mismo cuando se lo aplica a cualquier trabajo crítico, analítico.

Me parece que el profesor Laplanche utiliza el término hermenéutica en más de una acepción.

Entiendo que un primer uso del término hermenéutica que él hace es en el sentido de hermenéutica reconstructiva, como ambición de develamiento de algo oculto que, por otra parte, es *el sentido* genuino y verdadero.

La consideración del niño como hermeneuta por excelencia está próxima a esta posición, pues lo que él procura es de crear sentido. Pero, en este caso, no se trata del desciframiento de un texto, sino que, partiendo de la situación creada por la implantación del significante enigmático, y con la parte de los mensajes que pudo traducir, debe crear un sentido, una historia, que cumple, en buena parte, una función de desconocimiento. A diferencia de Heidegger, lo que nos plantea Laplanche es que a lo que debe dar sentido el ser humano no es a ninguna situación, a ningún ser en situación, a ningún *Dasein*, sino que las tentativas de traducción son los mensajes del adulto, sobre todo aquellos que provienen del inconsciente de la madre, que han dejado como resto intraductible, a los significantes designificados. La represión –agrega Laplanche– no es la traducción, sino, por el contrario, el fracaso de la traducción frente a la intrusión de la enigmática sexual en los mensajes del adulto. La represión sería una traducción fallida donde lo sexual inconsciente, que se vehiculiza en el mensaje del adulto, deja en libertad al significante, que sería lo reprimido, y es desde ese no-sentido, el significante designificado, desde donde se crearán nuevos sentidos.

³ Freud S. La interpretación de los sueños. T. V. pág. 519. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1979.

Ya en el memorable trabajo sobre el inconsciente que realizara con Serge Leclaire, el profesor Laplanche decía: “el inconsciente no es un sentido escondido que habría que descifrar...sino que el inconsciente consiste en significantes que han sido excluidos, aislados, designificados durante la represión-traducción”. El trabajo del pequeño hermeneuta, y el del humano en general, es el de crear sentidos, “traducciones”, (mitos, narraciones, fábulas, novelas, cuentos, teorías, en el sentido en que Freud nos habla de las teorías sexuales infantiles), que domeñen la angustia ante el inconsciente, el ello, y su contenido en significantes sexuales. En la hermenéutica deconstructiva, por lo contrario, lo que prima es el significante. En el análisis será también el desligar, separar, desconstruir, esas historias que tratan de alejarnos del enigma de la sexualidad, que es también la sexualidad (humana) como enigma. De ahí la primacía del significante, no por primero pero sí por primordial. No se trata, entonces, en el análisis, de descubrir sentidos ocultos, ya que de lo que se trata es de aproximarnos, asintóticamente, a los significantes designificados.

Por otra parte, todo se juega en el mundo de los mensajes, porque esas historias (construidas por los mensajes de los adultos que han sido traducidos y, por lo tanto, con lo que viene no sólo de sus historias personales y familiares, sino también de la cultura), tienen como motor la pulsión que nace de su objeto-fuente, es decir, del significante designificado, al cual nunca podremos llegar.

Me detendré en una cita extraída del texto de Jean Laplanche titulado: “El psicoanálisis: mitos y teorías”, por considerarlos fundamental para la comprensión de su pensamiento, en la línea de lo que aquí trato de compartir.

Refiriéndose al modelo traductivo, luego de señalar la ventaja de que en él la proximidad entre lo metaforizante y lo metaforizado ⁴ es mayor, destaca que hay otra importancia que lo hace más relevante aún, y dice: “Si es verdad que sólo se traduce un texto que ya tiene un sentido, *este modelo nos recuerda que a un hecho bruto no se le puede dar ninguna donación de sentido*. El ser humano, desde sus primeros segundos, está confrontado, no a un mundo de objetos a interpretar, aun cuando ellos fueran humanos, como por ejemplo aquello que se denomina el seno. ¡No! De entrada tiene por tarea traducir mensajes que le son enviados por el mundo adulto.” ⁵(destacado D.G.) A continuación, y en llamada a pie de página, plantea una aclaración que creo fundamental. En ella sostiene que el término “representación” reenvía necesariamente a

⁴ Claramente, en esta formulación, a diferencia de lo que sostendrá a continuación, establece que la metáfora, la representación, es metáfora de *algo*, lo representado, que es lo auténtico, lo real.; y no que todo se juega entre metáforas, como es la posición de Derrida, siguiendo a Nietzsche.

⁵ Laplanche J. La psychanalyse: mythes et théorie

una problemática sujeto-objeto, que es el de una “teoría del conocimiento”, lo que la sitúa en lo que denomina perspectiva ptolomeica, y, yo agregaría, es la propia de toda la metafísica del ser. Y agrega: “El psicoanálisis debe partir de la comunicación interpersonal, y de la prioridad, en el seno de ésta, de un mensaje sexual del otro. Los mensajes ‘te amo’, o bien ‘come para darme el gusto’, *no vehiculizan ninguna información sobre el mundo, y ninguna en cuanto a la adecuación de la ‘representación’ y del ‘representado’...* en el inconsciente no hay relación intencional de una representación a su objeto (representación *de* una cosa), sino el hecho de que un trozo del mensaje se torna allí ‘designificado’, es decir, una suerte de ‘cosa’ (y una causa)”.

De estas citas, que considero cardinales en lo referente a lo que me propongo interrogar, quiero destacar:

- no hay hechos brutos;
- no hay objetos a interpretar, sino que lo que llamamos objetos ya son interpretaciones, es decir, forman parte de un campo de representaciones.
- sólo hay mensajes, es decir, interpretaciones enviadas a otro, que debe interpretarse;

. es el significante inconsciente, en tanto sexual, enigmático, aislado del significado, resto intraducible del mensaje de la madre, lo que es afectado por la represión, lo que a su vez pone en marcha el proceso de traducción-interpretación.

El profesor Laplanche sostiene dos afirmaciones capitales que se implican: la de la primacía del significante y la de la prioridad del otro. Éste es emisor del mensaje, pero mensaje enigmático, ya que es propio del inconsciente materno, que deja como marcas significantes enigmáticos que ponen en movimiento la tarea de traducción interminable. Porque siempre resta algo intraducible del enigma fundador del psiquismo y, por lo tanto, entre el mensaje y su traducción no hay continuidad ni transparencia, como no la hay en el emisor del mensaje –ya que lo que cuenta es el mensaje inconsciente, es decir sexual–, y el destinatario. Y si el psiquismo se constituye de esta manera es imposible la autotransparencia.

Por otra parte:

- el término “representación” es propio de una teoría del conocimiento y de una psicología de la conciencia; está inmerso dentro de la metafísica del ser, propia de Occidente;
- los mensajes que atañen al psicoanálisis no transmiten ninguna información sobre el mundo;

- no se trata de una verdad como adecuación de la cosa con el intelecto.

Creo que el dar primacía al significante designificado como resto intraducible, el dar primacía al mensaje y el poner entre paréntesis al referente y la relación con la realidad, aproximan la teoría del profesor Laplanche con la concepción de una hermenéutica deconstructiva.⁶ Digo aproximan y no asimilan, ni reducen, porque en un caso se trata de la deconstrucción de textos de la tradición filosófica y en el otro un análisis crítico de la concepción del inconsciente.⁷

Estas afirmaciones nos llevan de la mano a la otra problemática que quería plantear al profesor Laplanche: la del estatuto de la realidad del inconsciente.

El estatuto ontológico del inconsciente

Este punto, aparentemente de un grado alto de abstracción, nos parece fundamental para la articulación teórica que podamos hacer del inconsciente. En el trabajo “El inconsciente” se dice. “En cuanto al *status* ontológico del inconsciente así constituido ¿hay que recordar que, si es un status de “lenguaje” ese lenguaje no puede absolutamente ser asimilado a nuestro lenguaje verbal?” Se trata de “palabras” que son tomadas del imaginario visual, pero elevadas a la dignidad de significantes. Este carácter de significantes le da una definición material.”

Ahora bien, si por ese carácter material tiene un estatuto óntico, él no es lo único que permite afirmar la realidad del inconsciente. En “El muro y la arcada” el Prof. Laplanche da cuatro pruebas o mostraciones de la existencia del inconsciente que, nos aclara, son procedimientos “que nos dejan convencidos de la necesidad del inconsciente; ¡y no sólo de su existencia!”.⁸

Debo decir que el término “mostración” me resulta más ajustado que el de prueba o demostración, términos más cargados de un matiz teológico o de una epistemología dura.

La primera mostración la da la experiencia psicoanalítica, es decir aquella que nace de la experiencia diaria de la práctica, ya sea como psicoanalistas, ya sea como analizando.

⁶ Esto no hace omitir que en el caso de la teoría de la seducción generalizada se trata de significantes sin ninguna vinculación entre sí, pero que requieren un tercer elemento: el inconsciente; mientras que para Derrida el resto, la ausencia sin trascendencia, el significante, que hace *différance*, está articulado y favorece la articulación.

⁷ En sentido estricto, derridiano, creo que Laplanche no es un deconstrutor, salvo cuando desconstruye los conceptos de complejo de Edipo y de castración.

⁸ Laplanche J. El muro y la arcada. En “La prioridad del otro”, pág. 58 y sig. Ed. Amorrortu.

La *segunda* es la prueba deductiva que dice: “es necesario (alcanza) que haya adultos provistos *del* inconsciente para que se pueda mostrar la formación de *un* inconsciente reprimido en el niño”. En otras palabras: hay un inconsciente en el niño porque lo hay en la madre. Es la teoría de la seducción originaria.

El *tercer tipo* de mostración es la prueba de la repatriación, es decir, lo que plantea Freud de que la metafísica debía ser reconvertida en metapsicología.

La *cuarta prueba* es la práctica se funda en una “razón analítica” que se puede enunciar como que “toda trayectoria interpretativa que ligue dos términos está destinada a lo arbitrario si no remite a un tercer término, si no postula algo que sea el inconsciente”.

Como se ve todas estas pruebas son indirectas, pero, en otro trabajo, Laplanche dice que las pruebas de la existencia del átomo también son indirectas y no por ello carecen de validez. Creo que la situación de ambos casos no es equiparable porque en el caso del átomo pruebas indirectas de su existencia tienen un estatuto epistemológico de carácter experimental bien definido, en cambio todavía no se ha definido cuál tipo de “prueba” sería la que demostraría la existencia del inconsciente y su no falsabilidad, para una comunidad científica.

Respecto a la prueba primera digamos que existe más de un problema en su formulación dado que no está definido en que sentido se utilizan los términos “realidad”, “necesidad” y “existencia”, y que “la realidad” a la que hace referencia parece corresponder a la concepción del realismo ingenuo. Además se podría agregar que su validez es relativa y nos preguntamos si existe y es necesario, o si existe *porque* es necesario, ya que hay quienes piensan que encontramos lo que buscamos, o siguiendo a Vico, en quien se apoyan los constructivistas modernos, que en el mundo real los seres humanos sólo pueden conocer lo que ellos mismos han creado. Cosa cierta si agregamos a ello que lo real no se deja domeñar y a cada paso marca su presencia como lo que hace obstáculo, lo que no marcha, la presencia del azar, lo no predecible, etc., que obliga a una tarea permanente de recreación del “mundo”.

No se puede decir que Freud descubrió el inconsciente porque el inconsciente estaba, y no porque lo buscó, como lo sostuvo el profesor Laplanche en la discusión de este texto. Me explico: Freud encontró una serie de hechos que habían pasado desapercibidos o habían sido menospreciados por la psicología, la medicina y la filosofía, que a lo sumo los consideraban como fallas o debilidades de la conciencia (sueños, actos fallidos, lapsus) y, al mismo tiempo, había una serie de síntomas que la psiquiatría había descrito y clasificado (síntomas histéricos, fóbicos, obsesivos,

alucinaciones, delirios). Pero además estaba el tema acuciante de la sexualidad humana, más aún en la época victoriana, y de la sexualidad infantil, que era ampliamente reconocida, temida y controlada. La genialidad de Freud radicó no en descubrir, sino en *inventar* una hipótesis, la de *lo* inconsciente, a partir de la cual construyó una teoría, la de *el* inconsciente, que le permitió explicar en forma coherente todos esos fenómenos, organizándolos en una metapsicología.⁹ Además en su propio desarrollo fue “invadiendo” otros terrenos y campos de lo humano. Dicha teoría la *construye* como un gran *bricoleur*, recurriendo a metáforas físicas (la energía, la dinámica, la hidráulica, etc.), más metáforas mitológicas, algunas extraídas de la mitología griega o persa (el mito de Edipo, de Narciso, del Nirvana); otras inventadas por él, como el mito de la horda primitiva; a lo que agregó conceptos lamarckianos, ya obsoletos, y todo esto a veces sin mucho orden, haciendo uso de ellos según le conviniera para el desarrollo de su pensamiento. A veces Freud era consciente del carácter ficcional de la teoría (el aparato psíquico es una ficción, cosa que habitualmente olvidamos cuando lo reificamos), las pulsiones son mitos necesarios (“no puedo pensar sin ellas”).

Esto no lo desmerece en lo más mínimo, más aún, creo que es muestra de su genialidad. Lo que sí quiero destacar es que toda teoría es un *constructo* (por eso la desconstrucción es posible) y, por lo tanto, toda teoría es relativa en un doble sentido: a) en sí no tiene valor absoluto, y b) es relativa al contexto en que se produce, lo que no cuestiona su eficacia, sino que en este fin de siglo, y haciendo una mirada retrospectiva tenemos la obligación de adoptar un “pensamiento débil”. Basta recorrerla historia del conocimiento humano para comprobar –como sostiene Kuhn– que no se trata de que una teoría sea verdadera y otra falsa, ni siquiera que una teoría sea más verdadera que otra. Una teoría suplanta a otra porque puede dar mejor respuesta a una serie de problemas, de diversa naturaleza (técnicos, económicos, sociales, filosóficos, éticos, etc.), que preocupan a un grupo humano. Las teorías sobre “el alma” que construyen los pueblos “primitivos”, o las cosmogonías y antropogonias de las religiones, o la teoría de la posesión demoníaca, o la del flogisto, o la de la generación espontánea, y la lista sería interminable, han dado a cada cultura una explicación que “encajaba” –como dicen los

⁹ El artículo *das* se traduce al español por los artículos definidos *el* (masculino) o *la* (femenino), tanto como al artículo definido neutro *lo*. La distinción que nos permite nuestra lengua me parece útil porque marca la diferencia entre *lo inconsciente* como inconciente descriptivo *de. el inconsciente* en sentido sistémico. Si bien los tres son artículos definidos dada la fuerte clasificación por el género que existe en nuestra lengua los artículos *el* y *la* tienen un estatuto óntico mucho más fuerte que el artículo neutro *lo*. Esta distinción, si bien no es planteada por la gramática, está en su línea ya que el artículo *lo* es empleado para las cosas, en tanto que *el* y *la* lo son para las personas. Es en ese sentido que planteo que el estatuto óntico de *el inconsciente* es más fuerte que el de *lo inconsciente*.

constructivistas actuales–, es decir, que era efectiva para explicar al mundo tal como era visto, tal como lo vemos. Esto no quiere decir que se sostenga que lo real¹⁰ no existe – pensamiento que injustamente se le atribuyó al obispo Berkeley, y que él nunca sostuvo–, sino que significa que nunca conocemos una realidad independiente, ni alcanzamos la pretendida objetividad que preconizó el positivismo. La ciencia positivista creyó que las teorías nos autorizaban a hacer afirmaciones ontológicas, es decir, nos daban una representación *adecuada* del mundo externo, cuando lo que lo que hacen es darnos conocimientos que son viables, es decir, que *encajan*¹¹ “a nuestros propósitos,¹² *posición próxima a la de los instrumentalistas en la física.*

El problema que el psicoanálisis debe discutir es el de estatuto ontológico de sus entidad teóricas (inconsciente, represión, libido, pulsión, objeto, sujeto(s), realidad, etc., para mencionar nada más que a la metapsicología freudiana).

Para clarificar estas ideas voy a tomar reflexión de una ciencia “dura” como la física, que siempre ha sido pionera en la apertura de campos para la epistemología y la filosofía.¹³ Creo que todos compartimos una posición realista, es decir, compartimos la creencia en la existencia de un mundo independiente de nuestra experiencia, porque aún aquellos como los escépticos, los empiristas o los instrumentalistas, no dejan de reconocer que no andamos por el mundo chocando contra las paredes ni tropezando con los escalones. El problema empieza cuando tratamos de definir lo que entendemos por realidad y realismo desde el punto de vista de la teoría, la epistemología y la filosofía. Galileo fundó un realismo matemático que sostiene que podemos llegar a la verdad a través del análisis científico del mundo porque “el libro del Universo está escrito en el lenguaje de las matemáticas”. Esta posición ya dista enormemente del realismo ingenuo

¹⁰ Distingo “lo real” de “la realidad”, considerando a esta última como una representación de lo real que es juzgada como verdadera por una comunidad.

¹¹ Los términos “adecuación” y “encaje” tienen un sentido específico. “Encaje” o “calce” (fit) es un concepto darwiniano, que sostiene que una especie biológica tiene posibilidad de **sobrevivencia** en un ambiente determinado si tiene “encaje” con respecto a él. “Adecuación” o “correspondencia” hacen **referencia** al criterio de que un juicio, de existencia o de atribución, es verdadero cuando hay una adecuación o correspondencia y hasta coincidencia entre el pensamiento y la cosa. Cuando los constructivistas radicales utilizan la palabra adecuación lo hacen en el sentido de encaje y no de coincidencia.

¹² Para un desarrollo de estas ideas puede verse: von Glaserfeld E. La construcción del conocimiento. En: Nuevos paradigmas, Cultura y subjetividad. Ed. Paidós. Buenos Aires. 1994.

¹³ En lo que sigue me guío por el imprescindible trabajo de Rodolfo Gambini: Física y Realidad, publicado en Certidumbres. Incertidumbres. Caos. Markarian R. y Gambini R. Editores. Ed. Trilce. Montevideo. 1997.

y es de una clara filiación platónica como lo demostró Alexander Koyré,¹⁴ y afirma que podemos describir con ese recurso el mundo tal como es.

En este caso se afirma que las entidades teóricas corresponden a una realidad del mundo, o tal vez, para decirlo en el lenguaje platónico-galileano, no se trata simplemente que haya correspondencia, sino que “el Universo *está escrito* con el lenguaje de las matemáticas”. Las estructuras y proceso que describe la ciencia han sido, para esta corriente, las realidades primarias a partir de las cuales se construye el universo.

La influencia de esta posición ha sido enorme desde el siglo XVII, con la elaboración cartesiana. Podemos decir que el pensamiento filosófico de Descartes hubiera sido imposible sin Galileo, como el de Kant lo hubiera sido sin Newton.

Pero desde fines del siglo XIX y principios del XX esta posición se fue haciendo insostenible por el desarrollo de la termodinámica estadística y la Mecánica Cuántica, que hicieron que las entidades teóricas dejaron de tener esa realidad óptica y primordial, para pasar a ser consideradas por los instrumentalistas solamente como “mecanismos formales útiles para la explicación y predicción de los fenómenos que encontramos mediante nuestra experiencia sensorial”. Desde luego que las pretensiones de alcanzar un saber objetivo e independiente del observador quedaron por el camino. Los enunciados de la física –nos dice Gambini– son intersubjetivos y por lo tanto necesariamente verdaderos para todo observador que los practique dentro de las condiciones de experimentación establecidas. La física moderna lo que persigue es el proporcionar una síntesis de la experiencia humana rigurosamente comunicable. Y haciendo eco con el pensamiento débil, Gambini sostiene que “la física ha pasado a hacer descripciones *débilmente objetivas*”

Esta posición no desconoce la existencia de una “realidad subyacente”, como propone Gambini; lo que no hacen ni los instrumentalistas, para quienes sólo se trata de “salvar las apariencias”; ni los partidarios del realismo matemático, para quienes la realidad no sólo se puede alcanzar sino que la realidad última es la que nos dan las entidades teóricas. “La identificación que en el nacimiento de la filosofía moderna hacía Descartes entre realidad y lo cognoscible matemáticamente (aquello de lo que podemos tener una idea clara y distinta) es lo que hoy se revela como insostenible. No porque la realidad no sea susceptible de un análisis riguroso, sino porque éste no la agota y sólo se

¹⁴ Koyré A. Galileo y Platón. En: Estudios de historia del pensamiento científico, pág. 150. Ed. Siglo XXI. México.1978.

refiere a ella indirectamente, mediante la descripción exacta de nuestras operaciones sobre ella y sus respuestas expresadas mediante conceptos operacionalmente definidos y cuantificables.”¹⁵ Gambini propone llamar a esta tercera posición *realismo subyacente*, lo que no deja de crear problema ya que ahora hay que definir cual es el estatuto de esta otra entidad teórica.

Si la física, que es el modelo de las ciencias duras, no sólo por ser matematizable, sino porque las matemáticas están en el corazón mismo de su cientificidad, sostiene estas posiciones, ¿qué queda para las llamadas ciencias del hombre y el psicoanálisis en particular, cuyos intentos pueden alcanzar a lo sumo cierto grado de formalización lógica y topológica? En oposición a la idea de Freud de que “la percepción interior no ofrece dificultades tan grandes como la de la percepción exterior, y (de que) el objeto interior es menos incognoscible que el mundo exterior”,¹⁶ creo que en psicoanálisis las descripciones inevitablemente serán aún más débilmente objetivas, lo que no significa que no deban ser rigurosas, y más compleja y difícil de determinar la realidad subyacente que en la física y otras ciencias de la naturaleza, las cuales disponen de un aparato demostrativo experimental del que carece el psicoanálisis.

Volviendo al psicoanálisis. Si –como ha dicho André Green– “las soluciones propuestas por Freud nos parecen, con la dura prueba del tiempo, menos satisfactorias; pero en última instancia, su obra es la única que se mantiene con el psicoanálisis. Además es lo bastante fuerte como para soportar la crítica y continuar, si no siendo verdadera, al menos existiendo”. Lo que queda problematizado, entonces, no es su existencia como entidad teórica, sino cual tipo de realismo es el del inconsciente y cual es la relación de la entidad teórica con la “realidad subyacente”, es decir, cuán “débilmente objetiva” es la realidad del inconsciente.

Pero aquí no quedan los problemas. Como ha planteado entre nosotros Ricardo Bernardi, ya no podemos afirmar la concepción de *un* inconsciente, porque no es lo

¹⁵ .Op. cit. pag. 48

¹⁶ Freud S. O. C. t. XIV, pág. 167. A. E. Buenos Aires. 1979. El párrafo completo dice así: “Dentro del psicoanálisis no nos queda, pues, sino declarar que los procesos anímicos son en sí inconscientes y comparar su percepción por la conciencia con la percepción del mundo exterior por los órganos sensoriales. Y aun esperamos extraer de esta comparación una ganancia para nuestro conocimiento. El supuesto psicoanalítico de la actividad anímica inconsciente nos parece, por un lado, como una continuación del animismo primitivo, que dondequiera nos espejaba homólogos de nuestra conciencia, y, por lo tanto, como continuación de la enmienda que Kant introdujo en nuestra manera de concebir la percepción exterior. Así como Kant nos alertó para que no juzgáramos a la percepción como idéntica a lo percibido incognoscible, descuidando el condicionamiento subjetivo de ella, así el psicoanálisis nos advierte que no hemos de sustituir el proceso psíquico inconsciente, que es el objeto de la conciencia, por la percepción que ésta hace de él. Como lo físico, tampoco lo psíquico es necesariamente en la realidad según se nos aparece. No obstante, nos dispondremos satisfechos a experimentar que la enmienda de la percepción interior no ofrece dificultades tan grandes como la de la percepción exterior, y que el objeto interior es menos incognoscible que el mundo exterior.”

mismo el de la teoría freudiana, que el de la kleiniana, o el de la lacaniana, siendo cada uno de ellos además inconmensurables entre sí. ¿Cada uno de ellos describe el mismo objeto desde ópticas diferentes o cada uno da cuenta de una realidad distinta? Problemas nada menores que la epistemología no ha resuelto.

Por otra parte, si la prueba que nos aporta el profesor Laplanche sólo dependiera de este tipo de creencia que es la que nos plantea en la primera mostración, y utilizo creencia en sentido perciano, la disciplina que construiríamos sería de carácter esotérico.

Esta mostración, de por sí fundamental, no es suficiente, con lo que las siguientes, que depende de la validez de ella, quedan en entredicho.

La segunda prueba, luego de la afirmación de la existencia del inconsciente, consiste en decir cómo se origina. Y como no se puede decir que se origina *ex nihilo* y tampoco que es una herencia genética ni filo-genética, como se preocupó en mostrarlo el mismo profesor Laplanche, lo que queda es la trasmisión, es decir un inconsciente generado en función de la sexualidad inconsciente de la madre, en relación con la historia y la genealogía.

La tercera mostración tiene un parentesco con la concepción de Auguste Comte en el sentido de que podría entenderse que la “repatriación” es la recuperación del estado metafísico por el estado positivo. Desde luego que aquí no se trata, como en Comte, de que el estatuto científico o positivo del psicoanálisis se limite a la búsqueda de datos y que todo quede subordinado a la observación de los hechos. Pero, ¿qué pensar de la afirmación de Derrida, de que cuando queremos desterrar la metafísica pensando que la superamos, es cuando más nos sometemos a ella? “Es en los conceptos heredados de la metafísica que, por ejemplo, han operado Nietzsche, Freud, Heidegger –dice Derrida–. Ahora bien, puesto que estos conceptos no son hechos puros, elementos o átomos, sino que se encuentran asumidos en una sintaxis y un sistema, el tomar prestado cualquiera de ellos trae consigo a toda la metafísica”.¹⁷ Dicho en otros términos, cuando hacemos una crítica a la metafísica lo hacemos desde las categorías de pensamiento que son las suyas. Por lo tanto la crítica tiene algo de insuficiente, oscuro o aporético.

En la línea de lo que vengo planteando, la cuarta mostración se puede decir que no es ajena a la metafísica del ser, en donde tiene que existir un tercer término, a veces trascendente, otras trascendental, experimental, empírico, hasta hipotético, (el

¹⁷ Derrida J. Freud et la scène de l'écriture. pag. 413. En: L'écriture et la différence. Ed. du Seuil. Paris. 1967.

inconsciente “existe y es necesario”), para que se pueda fundar una lógica y una existencia.¹⁸

Por último: el problema de la realidad y su referencia a ella ha sido también encarado por Derrida quien, en “De la Gramatología”,¹⁹ pone entre paréntesis el problema de la “referencia” a la realidad. Para él, el único referente es la tradición escrita que nos constituye como intérpretes. Richard Rorty ha planteado que cuando Derrida pone como único referente al *corpus* textual se constituye en el último epígono de una línea de pensamiento que comenzó con Hegel. En el otro extremo se encuentran los pensadores, que siguiendo el proyecto kantiano, sostienen que pensar es relacionarse de la manera más adecuada posible con los objetos y las estructuras del mundo real y natural, pensamiento propio de los analistas anglosajones del lenguaje, quienes también sostienen que el lenguaje es un suplemento que tiende a la propia autosupresión a favor de la pura indicación, entendida como la correspondencia entre mente y naturaleza. “El desacuerdo entre kantianos y no-kantianos –agrega Rorty– se presenta como un contraste entre quienes quieren aceptar y ver las cosas tal como son, y quienes, al contrario, desean transformar el vocabulario actual”.²⁰

Esta afirmación merece un desarrollo que intentaré hacer brevemente, para que no sean interpretadas como un disparate.

Inspirándose en la línea que plantea Nietzsche, en el “Crepúsculo de los ídolos”, en la sección denominada “Cómo el ‘mundo verdadero’ acabó convirtiéndose en fábula”,²¹ Gianni Vattimo,²² establece una serie de etapas en la evolución del pensamiento filosófico. En primer lugar, la filosofía griega colocó la verdad del mundo en un más allá metafísico, el mundo de la Idea, que por su perfección y estabilidad garantizaba la posibilidad de conocer y establecer cual era el conocimiento verdadero. La religión judeocristiana pone como único lugar de la verdad a Dios. Después –agregaría yo– Descartes, “utiliza” a Dios como garante de la verdad, discriminado otro campo, propio del hombre, cual es el del conocimiento, progresivo y acumulable, que se llama saber. Luego Kant, con su descubrimiento de que el mundo de la experiencia está co-construido por la intervención del sujeto humano, ya que sin las formas *a priori* de la

¹⁸ En otros términos, el pensamiento de Occidente está construido sobre la base de clasificaciones dicotómicas tales como: cuerpo-alma, pleno-vacío, sujeto-objeto, presencia-ausencia, y en nuestro campo activo-pasivo, fálico-castrado; tributarias de una lógica aristotélica; pero todas ellas remiten a la polaridad fundadora de ser-no ser.

¹⁹ Derrida J. De la Gramatología. págs. 337 y sigs. Ed Siglo XXI. Buenos Aires, 1971.

²⁰ Rorty R. Consecuencias del pragmatismo. Ed. Tecnos. Madrid. 1997

²¹ Nietzsche F. El crepúsculo de los ídolos, págs. 51-52. Ed Alianza. Madrid. 1973.

²² Vattimo G. Creer que se cree. págs. 24-25. Ed. Paidós. Barcelona. 1996.

sensibilidad y el entendimiento no hay “mundo”, sólo apariencias y no fenómenos.²³ Por último, el positivismo, para quien lo verdaderamente real es el dato verificado por la ciencia y, por lo tanto, es la ciencia, y sólo la ciencia, quien puede alcanzar la verdad. Pero sucede que la verificación es una actividad del sujeto humano. La realidad del mundo del que hablamos se identifica con aquello que viene “producido” por la ciencia en sus experimentos y por la tecnología con sus aparatos. Por lo tanto no hay “mundo verdadero”, y la verdad es lo que el hombre ha puesto. Con ello caducaron las viejas “sombras de Dios” que bajo otro nombre oficiaban de referente, de garante, de lugar de la verdad. Dicho en la terminología de Lacan, con ecos schopenhauerianos, el mundo es imaginario, es decir, es representación. Este es el punto de vista que introdujo Heidegger, quien afirma que el ser y la realidad son posición, productos de los sujetos, y que el pensamiento que identifica el ser con el dato objetivo es inaceptable, ya que esta identificación hace que la única forma de la verdad sea la comprobación por medio de la experimentación u otras formas de mensurabilidad, y por lo tanto sólo es posible de comprobación lo que es manipulable por la ciencia o la técnica, con lo cual el hombre se transformará, él también, en un objeto medible, puro material y, al fin de cuentas, objeto de consumo y de producción. El Hombre, esa categoría creada por la cultura occidental, como lo dirá Foucault, adquiere su máximo desarrollo en la sociedad capitalista, pero, paradójica, esa expansión máxima marcará su declinación.

Éste proceso, que se consideró como un progreso del hombre y de la adquisición de la verdad, desestimó toda otra forma de verdad, como la poética, por ejemplo, y también pretendió llegar a una forma expresiva que fuera unívoca, es decir, que eliminará ese “mal”, propio del lenguaje, que es la plurivocidad y la equívocidad, para llegar a un ideal de exactitud sólo alcanzable en los lenguajes de las ciencias formales.

Desde la otra posición, la de “aquellos que quieren transformar el vocabulario actual”, todas las expresiones son relatos, metáforas, que muchas veces se disfrazan para adquirir la apariencia de objetividad, lo que se ha llamado retórica negativa, es

²³ La idea del mundo co-construido entre los datos empíricos y las categorías *a priori* ha tenido una larga historia, previa y posterior: las ideas innatas son previas, pero no tienen el carácter formal que tienen las *categorías a priori*. Luego vendrá el estructuralismo, desarrollado en el siglo XX, del cual es subsidiario la idea de lo simbólico de Lacan. Lévi-Strauss, en un momento de su pensamiento toma la tesis de Engels, expuesta en “La dialéctica de la naturaleza”, para decir que el problema del conocimiento, como adecuación del juicio y la realidad, es posible porque hay un isomorfismo entre el pensamiento y la materia y, por lo tanto, la organización de la materia, el código genético, el lenguaje y los mitos, responden a una misma organización y por eso es posible el conocimiento verdadero. Es decir que la estructura es material, a diferencia de las ideas *a priori* que son trascendentales.

decir, hacer creer que no se trata de una metáfora y que estamos dando cuenta del hueso duro de lo real. Lo que está dicho en el pensamiento, propio del positivismo, de que todo lo real es racional, desconociendo que la Razón es el gran mito de Occidente, como lo sostiene Derrida.

Ahora bien, si todo en el ámbito de lo humano es discurso, exceptuando las ciencias formales, no es la misma realidad discursiva la de las ciencias duras y el de las ciencias humanas. En éstas el “hecho”, el “material”, el relato, la narración, es discurso y es aquello sobre lo cual trabajamos; en cambio en las ciencias de la naturaleza el discurso refiere a una realidad subyacente propia de cada ciencia. Quiero decir que el estatuto óntico de una fantasía no es el mismo que el del átomo o el del ADN.

Luego de este rodeo volvamos a las preguntas que nos interpelan.

No sé si el Profesor Laplanche estará de acuerdo en que si para él la interpretación es una detraducción, una desconstrucción en sentido amplio, que nos aproxima a los mensajes enigmáticos y al significante designificado, donde lo que importa son los mensajes y la relación entre ellos, su posición tendría afinidades con la de Derrida. Pero, entre ambos pensadores existe una gran diferencia en el sentido de que si en el inconsciente no hay preocupación por el referente y la realidad, no es así en la teoría que trata de explicarlo, la que se ubicaría más en la línea de la corriente kantiana, es decir, de la búsqueda de una correspondencia o una adecuación con los objetos y las estructuras del mundo.

Creo que esto se desprende de las mostraciones que el profesor Laplanche enumera para fundamentar la realidad del inconsciente. Desde luego que aquí nos enfrentamos al complejo problema de definir que entendemos por realidad en el momento en que, como lo han planteado Nietzsche, Heidegger y algunos pensadores posmodernos, las diferencias entre lo que llamamos realidad en la vida cotidiana y la que describe la ciencia no tienen punto de contacto, así como también han quedado en cuestión los criterios de verdad.

Al respecto, creo que a lo que el profesor Laplanche está apuntando es a la necesidad de otra epistemología que el psicoanálisis debe construir para no quedar sometido a los requisitos del modelo epistemológico que se aplica en las ciencias de la naturaleza y que el psicoanálisis no puede cumplir.

Descriptor: INCONSCIENTE /EPISTEMOLOGÍA/ FILOSOFÍA/REGISTRO REAL/ REALIDAD

Autores tema: Laplanche, Jean